

GANADOR IX EDICIÓN RELATOS BREVES.

CATEGORÍA GENERAL

La inútil cadencia del tiempo

J. A. B. R.

(CIUDAD REAL)

*“... pues que aún he de volver
al mundo de los hombres...”*

El estruendo de la jaula al descender por el pozo. El gotear del agua por entre el silencio de la galería. La oscuridad que reverbera tras los puntales que fortifican aquellos ámbitos telúricos. Y el calor, y la respiración abrupta de los mineros, y ese sentimiento, al llegar al filón, de estar en el lugar equivocado. En un lugar que no te pertenece y que, quizá, ya esté tramando su venganza contra los que arrancamos el cinabrio de las entrañas de la tierra. Así, un día, y otro, y otro más. Casi treinta años desarraigando ese mineral – azufre apretado de mercurio - de sus moradas subterráneas. Tres décadas respirando aquel aire encerrado. Deletéreo, castigando los oídos con el eco de los barrenos, esperando el lamento de la sirena que anunciaba el cambio de turno, siempre embebido de polvo, y del rumor del mineral al cargar las vagonetas, y de la fricción de las ruedas de metal en los rieles. La esperanza de la luz del sol y del blancor de las nubes al remontar el pozo. Cada día, hasta que llegó el marasmo de la jubilación.

A veces, siempre antes del alba, vuelvo a bajar al pozo. La mina cerró hace ya dos décadas y la soledad es allí tu única compañera. El mercurio, dijeron, es un peligro para la salud, también para el medio ambiente. No consigo olvidar el pesado lastre que me legó aquel trabajo. Me llevé de la mina el veneno del azogue, sí, un acarreo de fatigas y de insomnios, un temblor de brazos y coyunturas, una eterna sensación de frío que se amadrigó en mis entresijos, unas encías que sangraban y que resultaban inútiles en la tarea de albergar los dientes. Solo eso me legó la mina. Cuando retorno hasta aquellos ámbitos oscuros y camino por las galerías, quizá para reconciliarme con esa tierra honda, horadada durante siglos por el empeño de los hombres, aún

me parece escuchar el bramar de los barrenos, el destilar del agua por los túneles, el roce apresurado, metálico de los vagones sobre los rieles, las toses abruptas de mis compañeros, el lúgubre lamento de las sirenas. Se hace tarde, aunque para mí el tiempo ya solo sea esa cadencia inútil de segundos inventada por los mortales para apuntalar las umbrías galería de la vida. Una vida que me abandonó de mala manera, en una cama de hospital y entre padecimientos inenarrables heredados de mi profesión. Una vida que perdí hace ya treinta, tal ves treinta y cinco años, qué más da, el tiempo, ese absurdo fluir de horas que se entrevera con los afanes del hombre, como el mercurio se amalgama con el oro, con la plata, con todos mis recuerdos.